USTED ESTÁ MUY MAL

Neil
Davidson

LAUREL

USTED ESTÁ MUY MAL

Neil
Davidson

LAUREL

Se cuenta de un inglés que se
ahorcó para evitar el acometido
diario de vestirse y desvestirse.

J.W. VON GOETHE

LEJOS DEL MUNDANAL RUIDO

De niño viví en el condado de Dorset, en el suroeste de Inglaterra. Zona rústica, sin industria ni pueblos grandes, ha adquirido una fama desproporcionada en el mundo a través de la obra de un solo hombre, Thomas Hardy. Nosotros conocíamos bien las escenas de sus novelas, las aldeas recorridas por Tess en su famosa caminata, el valle de Blackmore que para ella era el mundo, y para nosotros, cuando niños, también. Pero si las escenas habían permanecido casi iguales –las casitas con techo de paja, las colinas con terrazas y túmulos naturales que parecen obra de una prolífica raza prehistórica–, la vida que contenían ya era otra. El mismo Hardy reconocería hacia el final de su vida que lo que había producido, sin proponérselo, era el documento histórico de una sociedad observada casi en el acto de ajustarse, despojada de sus antiguas costumbres, a la modernidad. La venta de la esposa del futuro alcalde de Casterbridge, inspirada por episodios reales; el curandero ambulante que recorre toda la región a pie con sus remedios medievales, caminando con una rapidez imbatible; los viejos oficios y negocios; todo eso ya pertenecía al pasado.

Así pensaba Hardy, y así, con mayor certeza, pensó mi padre cuando fue a vivir en la zona medio siglo después. A los pocos meses, sin embargo, tuvo que modificar su opinión. Fue el año 1977, el vigésimo quinto aniversario de la coronación de la reina. Para señalarlo, entre otros eventos, el consejo parroquial hizo dos obsequios: para los menores, una moneda conmemorativa, acuñada por el gobierno para ser regalada

a todos los niños del país (todavía la tengo); y para los adultos, cerveza gratuita. Atraídos por la cerveza, acudieron a la sala del pueblo todos los personajes que se habían creído desaparecidos: ovejeros con el faldón del abrigo hasta los tobillos y el acento impenetrable, como Oak en *Lejos del mundanal ruido*; granjeros carirrojos con las mismas patillas monumentales de sus antepasados; simplones como Joseph Poorgrass en *El coro de Melstock*, que se quejaba del ruido del pescado y el tocino que se freían en su cabeza. Mi padre llegó a conocer a algunos, como a Ivor Gauler, granjero sin tierra que pastaba sus vacas en la berma del camino, y se dedicaba en la noche a la producción artesanal de ataúdes, el fin de semana a las pompas fúnebres. Con ellos brindó por la reina.

Yo vivo ahora en otra aldea, no tan lejos de ese lugar. El estilo de vida también es otro, y en la berma no hay vacas, sino autos BMW y Volkswagen. El domingo pasado, sin embargo, me despertó un sonido inesperado: el de la música patriótica, tocada por una orquesta de bronces desafinada. Aparecieron en la calle autos retrocediendo, y tras ellos la orquesta, seguida por un grupo de concejales con traje negro y tongo. En la cola, una docena de hombres setentones u ochentones, vestidos con uniforme y medallas. Eran veteranos; la ceremonia, su conmemoración anual de las dos guerras. Eso sí que es algo de extrañar: que entre nosotros existan personas que hayan vivido algo tan intenso como una guerra mundial. Al lado de eso, la compraventa de una esposa sería la normalidad misma.

{2000}

PUERTAS ADENTRO

Vivo en el campo ahora. En vez de la gente que vivía en mi barrio en Londres –los turcos que se congregan en sus clubes de pool para llorar la gran época del imperio otomano; los kurdos, que rememoran también a su manera la gran época del imperio otomano escribiendo obscenidades contra los turcos en las murallas de la vecindad (escriben en kurdo, pero las palabras tienen un aspecto mellado y obsceno); los hindúes, cuyos restoranes, baratísimos, otorgan el mejor servicio de Inglaterra, aunque los clientes pagan en la noche con sudores y alucinaciones; los rusos, que parecen todos mafiosos, y lo son; los caribeños, con sus Mercedes morados y su música insoportable; los ingleses de todas las provincias y todas las clases sociales que se entremezclan ahí; todos los pueblos imaginables, en suma, entre ellos uno que otro chileno–, en vez de todo eso, estoy viviendo en un pueblo aseado, pulcro, prieto de gente culta de clase media; gente como yo. En vez de un departamento de un solo ambiente, tengo arrendada una casa con cuatro dormitorios. Al lado hay un pequeño castillo. Cantan pájaros.

La primera tarde la pasamos con mi esposa arrimados en la cocina, como dos niños abandonados. Atisbando por la puerta, contemplábamos fascinados el living vacío, los metros y metros cuadrados de alfombra impecable; la fabricación de tanta alfombra me parecía una tarea gargantuesca, uno se sentía indigno de gozar el fruto de tanta labor humana. En la noche nos encerramos en el dormitorio más chico, para reproducir

la experiencia del departamento londinense. Hubo silencio; ni siquiera un trocito de rap. Llegada la mañana, salió la gente en sus autos a trabajar, con la cara sobria adecuada para ese acometido. Un rato después salimos nosotros también, a pie, con la misma expresión puesta, como si estuviéramos por hacer algo importante. Pensé que los residentes del pueblo nos calaban, pero no era más que paranoia, pasábamos incógnitos. Entramos en el *pub* para probar el ambiente. La mitad de las mesas tenía los cubiertos puestos, se comía *salade niçoise* coronada de huevitos de codorniz. De haberme topado con un hindú, lo hubiera abrazado.

Por el momento no me atrevo a participar en la vida social del pueblo. Como Gulliver al volver de la tierra de Brobdingnag, ya no logro enfocar a gente de mi talla. Mientras espero que la visión se reajuste, estoy tratando de ensanchar el espíritu para que llene una casa con cuatro dormitorios. Todavía faltan dos. Sería para reírse, si el eco no me asustara tanto.

{2000}

UN AÑO SECO

No sé si será casualidad, o el efecto de alguna vibración cósmica, pero fue justo antes de la muerte inesperada de mi suegro –y no justo después, como cabría esperar– que empecé a sentir con fuerza que los años pasaban, que mis mayores no iban a estar para siempre, y había que sacarle toda la información posible mientras se podía. Fue así que le escribí a mi abuela materna, sobreviviente de casi cien años, pidiéndole la historia de una vajilla fina que, según se rumoreaba en la familia, mi abuelo había «liberado» en Alemania durante la guerra y ella guardaba en un clóset de su departamento para la posteridad. ¿Dónde se había encontrado, y en qué circunstancias? No me pudo decir mucho. La vajilla existe, un servicio de café impreso con la corona real de Baviera. Pero la historia de cómo llegó a las manos de mi abuelo parece haberse perdido en la indiferencia de la posguerra, cuando el apetito por ese tipo de historia ya se había desvanecido y a los exsoldados no les quedaba otra que fingir entusiasmo por las menudeces de la vida civil.

Se me ocurre, en todo caso, que el interés que siento por esa vajilla responde menos a la mortalidad de mis mayores que a la mía propia; sería uno de los signos multiformes del envejecimiento. Estos pueden incluir, para los hombres, desde la alucinación vampírica de que todas las mujeres adolescentes son bonitas –la cual induce a su vez a una sensación engañadora de vitalidad juvenil– hasta el deseo de apartarse del mundo y llevar una vida más espaciosa y digna. Parece que es

por ese lado que me está pillando la chochera. Mi abuela paterna era ilegítima, se supone que su padre era el terrateniente local, y ese dato se me ha ido conjugando de un modo extraño con lo de la vajilla bávara y unos episodios de *Downton Abbey* que he visto últimamente. Antes, para escaparme del ajetreo urbano, me conformaba con un jardín amplio y una casa con termopanel. Ahora sé que me hace falta un castillo, y la necesidad de tener uno me está generando una verdadera incomodidad física que me persigue con instantáneas mentales de salas soberbias con chimeneas gigantes, o cenadores en céspedes donde deambulan pavos reales.

Lo del ancestro terrateniente puede haber sido un voluntarismo de mi padre, hijo de gásfiter que nunca estuvo a sus anchas en esa condición. Si fue así, seguía en una línea de voluntarismos protagonizada por figuras como Goethe, quien de niño se entretenía con la fantasía de que su verdadero padre había sido un viajero aristocrático en vez del burgués que tenía delante de los ojos. Y puede ser también que en mi caso no se trate ni de envejecimiento ni de sangre azul, sino simplemente de la crepitación cerebral que se va acumulando en un año seco, y que ya empieza a apagarse con las primeras lluvias.

{2013}

BREVE HISTORIA DEL OLVIDO

La última vez que vi a Leslie Stott, mi abuelo materno, fue en 2004. El lugar era un asilo de ancianos en el noroeste de Londres adonde fue a parar porque mi abuela ya no podía cuidarlo en casa. Yo, radicado en Chile desde hacía tres años y estando solo de visita, me iría unos días después y no lo volvería a ver antes de que muriera en 2005, a los 94 años. Al final, cansado por enfermedades que lo tenían casi inmovilizado de cuerpo y de mente, se armaría de sus últimas energías para apretar fuerte la mandíbula cada vez que le acercaban comida, y de esa forma se fue.

¿Cuál fue nuestra relación? Con el tiempo empiezo a verla de color de rosa y a convencerme de que era algo fundamental en la vida de ambos y que un homenaje póstumo como este le resultaría conmovedor. Al poco tiempo de su muerte, sin embargo, anoté lo siguiente, sin duda para prevenir esa deriva sentimental: «Yo nunca estuve cómodo en su presencia, quizás por el temor inconsciente de que volviera a agarrarme por las patas y botarme de cabeza detrás del sofá, como había hecho cuando tenía ocho años y le molestaba. Creo que nunca le caí bien, y con el tiempo fui revistiendo cada vez menos importancia a sus ojos, hasta que en sus últimos años simplemente me borró de su conciencia».

Cuando alguien muere a una edad muy avanzada, se suele decir que le tocó vivir muchos cambios. No creo que sea así en el caso de un londinense como mi abuelo. Nacido en 1912, vivió a una muy temprana edad, y seguramente sin tener

mucha conciencia de ella, la gran ruptura que fue la Primera Guerra Mundial. De ahí le tocó crecer en una nueva sociedad donde la autoridad y la deferencia habían mermado, las mujeres votaban y trabajaban fuera de la casa –adquirieron el gusto del empleo remunerado cuando reemplazaron a los hombres llamados al frente–, y ya estaban conociéndose o masificándose tecnologías como la radio, el auto, el teléfono, el avión y el cine. Se sucederían crisis que supuestamente iban a transformar para siempre la sociedad humana: las revoluciones comunistas, la Gran Depresión, el nazismo. Pero al cabo de unos años o décadas se revirtieron o se agotaron, dejando todo como antes. De modo que mi abuelo nació y murió –o adquirió el uso de la razón y se despidió de ella– en un mismo mundo, el de la modernidad capitalista del siglo XX. Alcanzó apenas a presenciar la recuperación a raíz de la inmigración de usos ya obsoletos en su propia juventud, como el velo femenino, los matrimonios forzados y los castigos por irreverencia, y se perdió por completo la especie de reacción que parece ser la clave política de nuestros tiempos.

Conoció la estabilidad también en su vida personal, aunque con interrupciones. Su madre lo había destinado, como a sus dos hermanos, al oficio de la hostelería en la temprana adolescencia, aparentemente para deshacerse de ellos, pues como aprendices vivirían en los hoteles donde se entrenaban y trabajaban. Mi abuelo se especializó como repostero y nunca saldría del rubro. Fue mientras seguía su entrenamiento en el hotel Dorchester en Londres que conoció a mi abuela Rebekah en 1934, teniendo ella dieciocho años. Nació mi madre al año siguiente y en 1939 se instalaron en un pequeño departamento de dos dormitorios en Edgware, un barrio periférico de Londres que en esa época era apenas más que una aldea, aunque conectada ya al metro. Seis décadas después, seguirían en el mismo departamento. El arriendo estaba limi-

tado por ley, y aunque tuvieron la posibilidad de comprarlo en algún momento, creo que a raíz de las reformas de la vivienda social lanzadas por Thatcher, se mofaron de la idea: «¡Quinientas libras por este sucucho, imagínate!», fue un comentario de mi abuela que recuerdo.

Esa vida fue interrumpida muy luego, sin embargo, al declararse la Segunda Guerra Mundial. En 1940, mi abuelo fue reclutado en el regimiento South Staffordshire de la 59.ª División de Infantería del ejército de reserva, mientras que mi abuela trabajó sucesivamente como obrera en una fábrica de globos de barrera y como cobradora de trolebús. Leslie pasó los cuatro primeros años de su servicio militar entrenándose en Inglaterra e Irlanda del Norte, pero en junio de 1944 participó en la Operación Overlord, la invasión de Normandía. Hablaría incansablemente de eso en las próximas décadas, pero de una forma tan confusa, mezclando anécdotas bélicas con datos sobre la confección de *éclairs* de chocolate y pormenores de su sistema para apostar en los caballos, que casi todo lo que sé al respecto ha venido de mi abuela y mi madre, o de fuentes históricas.

A grandes rasgos, tengo clara la secuencia. Dejando a Rebekah embarazada de su segundo hijo, el que sería mi tío Chris, mi abuelo llegó a Francia con su regimiento en una segunda ola de desembarcos, unos días después del Día D. Ella no tendría noticia alguna de él por medio año, pues llegó a una situación de combate muy intenso y fluido. En julio, la 59.ª División se enfrentó a la 12.ª División Pánzer «Hitlerjugend» de las Waffen-SS en una operación para tomar la ciudad de Caen, que fue exitosa pero costó muchas bajas. En agosto participó en la batalla de la llamada bolsa de Falaise, donde las fuerzas aliadas rodearon a dos ejércitos alemanes, aniquilando a gran parte en una lucha que, según me contó hace no mucho mi abuela, no dejó ni una hoja de pasto bien parada.